

nífico. Este castigo les hizo mas moderados, y se hicieron perdonar por medio de diligencias muy humildes las exterioridades de independencia que habian querido tomar. Por este medio recobraron sus provincias y su antiguo favor. En la guerra de Mitridato arrojaron de sus posesiones a este soberbio conquistador, y merecieron elogios de los Romanos (68). Cuando las guerras civiles principiaron á desgarrar la república romana, su afecto al César hizo estallar sobre ellos la cólera de Casio, quien saqueó la ciudad. Antonio les devolvió sus antiguos privilegios; pero solo conservaron una sombra de independencia. Por último Vespasiano les sometió á un tributo, dando á Rodas el título de *capital de la provincia de las islas* (71 despues de Jesucristo).

CAPITULO VII.

De las instituciones civiles y religiosas, de las ciencias y de las letras desde la muerte de Alejandro hasta la dominacion romana (1).

Lo que distingue muy especialmente el progreso de la civilizacion en esta época es la maravillosa fusion ó amalgama que se opera entre la Europa y el Asia bajo el aspecto de las costumbres y de las ideas. Daniel, en su profecía sobre la sucesion de los imperios, habia representado, en el emblema de su célebre estatua, la monarquía fundada por Alejandro bajo el símbolo del bronce. En efecto, fue una mezcla de dos elementos que estuvieron hasta entonces como aislados. El Occidente, impelido por el brazo del conquistador macedonio, marchó al encuentro del Oriente, y se hizo entre ellos un cambio de creencias, de doctrinas y de luces. Se oyó hablar en las orillas del Ganges la lengua que habia florecido en las riberas del Alfeo y del Eurotas, y esta comunicacion de idiomas preparó de una manera admirable la grande unidad que la espada de los Romanos debia establecer en todo el mundo. Sin embargo, como esta época no es para la Grecia y el Asia mas que una larga agonía y un desfallecimiento continuo, la literatura se muere en el seno de la corrupcion y á manos de la tiranía. Se siente universalmente la necesidad de una regeneracion profunda, y toda la tierra llama con ardientes suspiros á su Salvador.

§ I. De los cambios sobrevenidos en el mundo despues de la muerte de Alejandro bajo el aspecto político y religioso.

De las principales causas que aseguraron sucesivamente la preponderancia de los Atenienses, Espartanos ó Macedonios en la Grecia, y á los Griegos de Europa en el Asia en diversas épocas, y particularmente en la de las conquistas de Alejandro. Segun lo hemos notado, las potencias que poseyeron sucesivamente la preponderancia en la Grecia fueron Atenas, Esparta,

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Schoell, *Historia de la literatura griega*, t. II. En ella se encontrarán todas las indicaciones necesarias de autores antiguos y modernos.

Tebas y Macedonia. Atenas debió su fortuna y su gloria á la brillante administracion de los Pisistrátidas, afirmada por la legislacion de Solon; á la sucesion de los grandes hombres que la gobernaron sin interrupcion desde Milciades hasta Focion; y en fin, á las esclarecidas victorias de Maraton, de Salamina y de Platea, que la hicieron victoriosa de los Persas. Esparta, que se colocó en tiempo de Lisandro á la cabeza de toda la Grecia, debió su poder 1º á las leyes de Licurgo, que hicieron de todos sus súbditos otros tantos guerreros invencibles; 2º al favor que concedía públicamente á la aristocrácia contra la democrácia. Estas dos causas, unidas á la habilidad y valerosa perseverancia de sus generales, explican sus triunfos en la guerra del Peloponeso.

Tebas no se hallaba tan fuertemente constituida como aquellas dos ciudades rivales, porque no habia tenido un Licurgo ni un Solon. El brillo que arrojó en estos últimos tiempos fue menos efecto de su carácter é instituciones, que obra de los dos hombres de genio que salieron de su seno. Solamente Pelópidas y Epaminondas explican la superioridad momentánea de los Tebanos. Antes de ponerse á la cabeza de los negocios, Tebas solo estaba en el segundo rango, y despues de su muerte se oscureció enteramente ante el poder de Filipo.

La Macedonia, que arrebató de repente á los Tebanos su supremacia, estaba perfectamente preparada para hacer este brillante papel. Era una nacion nueva y fuerte, cuya energía y simplicidad contrastaban ventajosamente con la molicie y depravacion de los Griegos. Sin duda, al principio de la carrera necesitaba gefes hábiles para dirigir sus movimientos ó ataques; pero no le faltaron. El genio astuto de Filipo encadenó á la Grecia con la adulacion y corrupcion, y el genio conquistador de Alejandro extendió su dominacion á todo el resto del Asia.

Influencia de Alejandro. Los Griegos de Europa habian preparado las inmensas conquistas de Alejandro. Se habian hecho muy influyentes en los negocios de Asia por sus colonias civilizadoras. En las guerras de los

Modos bajo el mando de Cimon y de Agesilas, hicieron temblar hasta los reyes de Persia. Con Alejandro y el resto de los Griegos triunfaron de sus tiranos, y difundieron sus ideas y costumbres hasta en las mas lejanas comarcas de la alta Asia. Cuesta trabajo hacerse una justa idea de la alianza íntima que se operó entre sus ideas y las de todas las naciones que visitaron como conquistadores. Si seguimos á Plutarco, Alejandro hizo mas por los progresos de la civilizacion que Sócrates, Platon y todos los filósofos juntos. Porque en lugar de enseñar la sabiduria solamente á algunos hombres, la hizo conocer á una multitud de naciones. Así es que enseñó á los Hircanios á contraer matrimonios legítimos, á los Archosios á cultivar la tierra, á los Sogdianos á alimentar á sus padres y respetarles en su vejez, y á los Persas á venerar á sus madres y no casarse con ellas. Se vió á los Indios que habia subyugado adorar los dioses de la Grecia, y á los habitantes salvajes del Cáucaso reconocer el mismo culto que los Macedonios. Alejandro, en mas de setenta ciudades que edificó en estos paises bárbaros, estableció los sacrificios, ceremonias y misterios que civilizaron á los antiguos Helenos. Por todas partes por donde pasó, en las mas remotas regiones del Asia, se leian los versos de Homero. Los hijos de los Persas, de los Susanios y de los Gedrosios cantaban las tragedias de Sófoeles y de Eurípides. Los mismos Partos se mostraban apasionados á los encantos de la literatura griega.

Union de todos los pueblos. Alejandro, para asegurar y perpetuar esta admirable union de los vencidos con los vencedores, resolvió que los Macedonios y los Persas se aliasen por medio de matrimonios solemnes. Él fue el primero que dió el ejemplo casándose con una jóven persa de la primera nobleza. Todos sus oficiales se apresuraron á imitarle, y estas alianzas se celebraron en el mismo dia con una magnificencia verdaderamente real. Desde entonces los Griegos y los bárbaros no se distinguieron ya por el vestido, ni por las costumbres, ni aun por el lenguaje. Porque la lengua de Atenas se hablaba en todas partes con tanta perfeccion como si todos los súbditos de este vasto imperio hubiesen sido miembros de una misma familia. Esta política tan bella y noble favoreció mucho los triunfos de Alejandro, porque los pueblos sometidos vieron en él mas bien un padre y libertador que un tirano y déspota. Ella contribuyó tambien directamente á la realizacion de la grande unidad general que Roma debia fundar, para preparar el camino á la predicacion evangélica.

§ II. De la literatura griega durante este último periodo.

Decadencia de la literatura en esta época. Lo que hace honor al siglo de Alejandro, es esa inmensa difusión de luces que ilustró hasta las naciones más bárbaras. A su ejemplo, todos sus generales se declararon protectores de las letras; pero jamás pareció mejor demostrado que el favor de los reyes no basta para crear y alimentar el genio. Porque durante esta época el entendimiento humano no se ilustró con ningún monumento inmortal. En lugar de producir obras notables por su brillantez de estilo y su fuerza de concepción, todos los literatos se pusieron á comentar las obras maestras de los siglos precedentes, á contar las palabras y letras de la *Iliada* y de la *Odisea*, y á perderse en todo género de sutilezas, de suerte que se vieron muchos eruditos, pero pocos hombres de gusto y de talento. Alejandria, que fue entonces el centro de la literatura, como antes lo había sido Atenas, vió nacer en sus escuelas ese sistema limitado de enseñanza que reducía todos los conocimientos humanos á las *siete artes liberales*: la gramática, la retórica, la dialéctica, la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Fácil es conocer que el espíritu encerrado perpétuamente en este círculo fatal no podía ser creador ni sublime.

Causas de esta decadencia. Pero otras causas más profundas contribuyeron á la decadencia universal de los estudios. La gran llaga de esta sociedad moribunda era la falta de libertad. Desde el día en que la Grecia perdió su independencia, se extinguieron en ella la inspiración y el entusiasmo, estando grandes potencias tan necesarias al talento. La elocuencia, reducida á las figuras de retórica, se consumió miserablemente en el recinto de las escuelas revistiendo de adornos facticios algunos pasajes comunes ó asuntos convenidos de antemano. No le era permitido conmovér á la multitud con los grandes nombres de gloria y patria, puesto que la tiranía siempre pide hombres dóciles y ciegos que jamás apelen de ella á la razón. La poesía se adormeció en medio de la moli-

erie y de la corrupción, y no salió de cuando en cuando de su triste letargo más que para pronunciar algunas palabras de adulación en honor de los reyes que la pagaban. Citaremos no obstante rápidamente los nombres de los principales escritores que se distinguieron en aquellos tiempos de aniquilamiento y languidez.

De la poesía épica. Fácil es conocer que la poesía épica no tuvo originalidad, elevación ni grandeza. Apolonio de Rodas, el mejor poeta épico de la época, escribió en verso la historia de los Argonautas. Su argumento le trasportaba al seno de las más vivas tradiciones de la edad heroica, y le ofrecía por consiguiente recursos inmensos. Pero no comprendió el carácter de aquel siglo romanesco, y todo su talento se limitó á imitar á Homero, reproduciendo á su modo hasta sus comparaciones y períodos.

De la poesía dramática. En el arte dramático, los Alejandrinos se glorificaron de su pleyada trágica, que se componía de Alejandro de Etolia, Filisco de Coreira, Sositeo, Homero, Eantido, Sosifano y Licofron. Todos estos trágicos oscuros pretendían ser mejores que los Sófocles y los Eurípides. Pero queriendo seguir nuevos caminos, incurrieron en la afectación, el esmero y la vanidad. Licofron de Chalcis (250), que fue el más notable de todos ellos, solo es celebrado por la cansada oscuridad de su estilo. Evita todo lo que es simple y fácil de comprender para emplear metáforas extrañas y construcciones sutiles. La comedia fue más dichosa, porque al menos vió nacer en el suelo clásico de Atenas al ilustre Menandro, quien, si hemos de juzgarle por Plauto y Terencio, sus imitadores, se manifestó digno de los mejores tiempos de la literatura griega.

De la poesía didáctica. La poesía, desprovista de inspiración y vigor, descendió á asuntos que ni aun eran susceptibles de ser embellecidos por sus encantos. Arato puso en verso un tratado de anatomía y el sistema astronómico de Euclides (278); Nicandro cantó los remedios que se pueden emplear contra los animales venenosos; Dicearco hizo una descripción de la Grecia en versos yambicos; y Arcestrato habló

de los pescados, de las legumbres y de todo lo que tiene relación con la gastronomía.

De la poesía lírica. En medio de tanta degradación y bajeza, la poesía lírica no podía encontrar acento alguno generoso. Así es que la mayor parte de los poetas líricos se hicieron esclavos de los reyes, y se empeñaron en cantar día por día sus hazañas. Era justo que la posteridad se disgustase de estas asquerosas adulaciones. Sin embargo, conservó el recuerdo de dos nombres: Calimaco que hizo himnos y elegías remarcables; y Teócrito, que habría obtenido uno de los primeros rangos entre los poetas del siglo de Pericles. Natural de Sicilia, cultivó la poesía pastoral con una perfección inimitable. Su musa tuvo también la falta de mendigar servilmente el favor de los Ptolomeos; pero al menos protestó con la elegancia y encanto de su estilo contra el mal gusto y aridez de sus contemporáneos.

De las ciencias gramaticales. Los gramáticos, que pasaron toda su vida comentando y anotando los antiguos poetas, establecen naturalmente una transición entre la poesía y la prosa. Estos eruditos infatigables se ocupaban principalmente de la corrección y revisión de los textos. Redactaron un catálogo de todos los autores clásicos bajo el nombre de *cánon*. Este trabajo tenía por objeto conservar la pureza del lenguaje, señalando los autores modelos; pero esta elección exclusiva hizo caer en funesto olvido una infinidad de escritores de segundo orden. Entre los gramáticos que distribuían así los rangos de los literatos antiguos, Zenodoto de Efeso fue el que adquirió la mayor celebridad (260). Tuvo por discípulo á Aristarco de Samotracia (170), que hizo una nueva edición de Homero, dejó comentarios sobre Archiloco, Alceo, Anacreonte, Eschilo, Sófocles, Ion, Píndaro, Aristófano, Arato, etc., y compuso ochocientas obras. Se contaban en Alejandría y en Roma cuarenta profesores ó gramáticos de su escuela, y sus discípulos le hicieron adquirir tal reputación de tacto y gusto, que con su nombre se designa todavía en todos los idiomas á un crítico perfecto.

* *De la historia.* Las grandes hazañas de Alejandro hicieron

nacer una multitud de escritores que se ejercitaron en referirlas. Pero casi todos se dejaron extraviar por la adulación ó engañar por su extraviada imaginación. Creyeron engrandecer al héroe exagerando sus acciones, como si la verdad no hubiese bastado para su gloria. Por otra parte, casi todas las numerosas obras compuestas en honor del inmortal conquistador se han perdido. Solo nos quedan algunos trozos de los que el tiempo ha estropeado menos. Al paso recordaremos á Beroso y á Maneton, cuyo testimonio se invoca muchas veces en las historias de Asiria y Egipto. Beroso adu'ó el orgullo de los reyes de la Siria, exagerando la antigüedad de los países que les estaban sometidos. Maneton, muy desacreditado en cierto tiempo, ha sido rehabilitado grandemente por los descubrimientos de la ciencia moderna en Egipto. Pero estos historiadores, de quienes no conocemos mas que algunos fragmentos, son menos célebres por su genio que por su erudición. El único escritor de esta época digno por su talento literario de ser colocado después de los Herodotos, Jenofontes y Tucídides, es Polibio. Natural de Megalópolis y desterrado á Roma, donde se hizo amigo de Escipion Emilio, compuso una historia general de todo lo que ocurrió desde el año 220 hasta el de 146. Desgraciadamente la mayor parte de este inmenso trabajo no ha llegado hasta nosotros. De los cuarenta libros que encerraba, no tenemos mas que cinco completos con fragmentos de algunos otros. En ella se manifestó hombre de Estado muy profundo, escritor juicioso y sólido,

hábil observador. Entre todos los historiadores antiguos tiene el mérito de haber sido el primero que conjeturó la providencial que redujo á uno solo todos los imperios, y se manifestó sobre todo en el desarrollo de la nación romana. Esto es lo que da á su historia unidad é interés.

De la elocuencia. En cuanto á la elocuencia, permaneció, como hemos dicho, enteramente muda. En lugar de los acentos animados de Demóstenes y Eschilo, Atenas no oyó ya sino arengas de retóricos y panegíricos dictados por una adulación grosera. La república de Rodas, que fue el último refugio de la libertad desterrada de todo el resto de Grecia,

oyó todavía algunos discursos notables como obras de arte y sentimientos. Con todo eso la elocuencia de Rodas se resintió también de la decadencia universal. Existía más bien en las palabras que en los pensamientos; y si consiguió disfrazar sus frases y hacerlas armoniosas y correctas, careció completamente de la fuerza y calor que caracterizan la verdadera elocuencia.

§ III. De las ciencias y de las artes.

De la filosofía. En medio de aquella sociedad enferma y espirante, la filosofía se perdió en los abismos de la duda y del sensualismo. La escuela de Platon, á quien la palabra divina de su primer maestro elevó tanto, se sumió, bajo la dirección de Arcesilas y de Carneades, los fundadores de la nueva academia, en las angustias de un escepticismo sistemático. Carneades establecía como tesis general que nada se puede afirmar; y toda su sabiduría consistía en querer demostrar esta triste doctrina. — Aristóteles, cuyo pensamiento era menos sublime que el de Platon, contó muchos prosélitos en aquella sociedad materializada, que se refería más bien á los sentidos que á la razón. Espeusipo y Zenócrates, sus discípulos, encontraron que su maestro había elevado aun demasiado el nivel de la ciencia, y establecieron como principio que los sentidos son nuestra sola regla y guías en la tierra. Formularon pues el sensualismo en teoría, y redujeron toda la moral á los goces de la vida. De modo que el epicureismo y el pirronismo fueron los dos términos de la filosofía antigua. El estoicismo quiso protestar en favor del sentimiento moral aniquilado por estas dos sectas; pero Cleanto y Crisipo, que desarrollaron este nuevo sistema, salieron mal de su loca tentativa. Si Zenon pudo decir un día: *Dolor, no eres un mal*, la naturaleza á su vez se sublevó contra estas exageraciones insensatas, más propias para alimentar el orgullo que para inflamar la virtud.

De las ciencias exactas. Las ciencias que hoy llamamos

ciencias exactas hicieron grandes progresos en aquel siglo de investigaciones y erudición. Euclides perfeccionó la geometría, y enlazó todas sus demostraciones en su libro de los *elementos*. Apolonio de Perga tuvo la gloria de publicar el primer tratado de las *secciones cónicas*, y de ser el primero que habló de las propiedades de la *elipse* y de la *hipérbola*. La mecánica hizo grandes progresos merced á Arquímedes, quien, según la opinión de Leibnitz, descubrió casi todo lo que sabían los modernos. Los Ptolomeos fomentaron muy especialmente la astronomía. Aristarco, Eratóstenes é Hiparco se hicieron muy célebres en ella. Aristarco, fué el primero que halló un método para medir la distancia del sol y de la luna, y mereció ser acusado de impiedad por el estóico Cleanto, porque había enseñado que la tierra gira al rededor del sol. Eratóstenes, cuyos conocimientos eran universales, unió la geografía á la astronomía, y redujo por primera vez esta ciencia á sistema. Mas el verdadero padre de la astronomía y el mayor astrónomo de la antigüedad fue Hiparco de Nicea. Vivió en Rodas y en Bitinia, y murió 125 años, poco más ó menos, antes de Jesucristo. Señaló la duración del año solar, calculó las primeras *tablas solares y lunares*, midió la distancia relativa de los cuerpos celestes, según un método que se llama el *diagrama de Hiparco*; hizo el importante descubrimiento de la *precesión de los equinoccios*, y fue el primero que se sirvió de la trigonometría rectilínea y esférica para resolver algunos problemas de astronomía. Dió también las reglas del cálculo de los eclipses de luna y de sol, y enseñó por primera vez el modo de fijar la posición geográfica de los lugares por medio de la longitud y de la latitud, y de calcular la longitud por los eclipses de luna. (Schöell.)

De las artes. Las artes no siguieron los progresos de las ciencias por el contrario, ofrecen los mismos síntomas de decadencia que las letras. No obstante estaban muy extendidas y cultivadas; Alejandría tuvo muchos templos, palacios, teatros, columnas, tumbas y gimnasios; y á la corte de todos los sucesores de Alejandro concurrían pintores, escultores y estatuarios. Se hacía mucho, pero nada se hacía perfecto. Se

COMPENDIO

apuraban en perfeccionar los detalles, sin poder elevarse á la altura de un conjunto, y se hacia consistir lo bello y lo sublime en la pureza y correccion. Se conseguia representar formas de una manera bastante regular; pero faltaba alma, inspiracion y vida.

APÉNDICE.

Nº 1.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HISTORIA ANTIGUA.

El mundo antiguo se considera, ya como una época de decadencia y degradacion constante, ya como una edad de progreso perpétuo. Nos parece que estos dos sistemas tienen la falta de ser demasiado exclusivos, y que para determinar bien la marcha de la civilizacion durante este largo período de siglos, es necesario examinar la humanidad bajo el triple aspecto de su vida intelectual, moral y política.

Bajo el aspecto intelectual, encontramos en las primeras edades algunos vestigios de aquella inmensa efusion de luces con que Dios habia gratificado al hombre en su origen. Nada hay mas rico ni elevado que las tradiciones primitivas de los pueblos antiguos, porque sin hablar de los libros inspirados de los Judíos, ¿hay nada mas bello ni mas maravilloso que las concepciones poéticas de los Indios? ¿Se encuentran en alguna parte ideas religiosas mas puras ni mas poderosas que las que descubrimos en el principio de todas las naciones? Desgraciadamente como que la humanidad quedó sumergida en las tinieblas de la ignorancia por la falta original del primer hombre, estas luces se debilitan á medida que pasan los siglos. Todos los hombres se ven condenados á conquistar de nuevo con el sudor de su rostro las luces y conocimientos que el pecado original les arrebató. Entorces se ponen á trabajar por todas partes, y de esta actividad infatigable nacen las ciencias. Entre ellas las hay cuyo progreso es regular, sensible y constante, como las ciencias de la naturaleza que viven de observaciones y de cálculos, las matemáticas, la física, la astronomía, etc. Las ciencias